

LITERATURA MEDIEVAL

Volume I

ACTAS DO IV CONGRESSO
DA
ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
(Lisboa, 1-5 Outubro 1991)

Organização de
AIRES A. NASCIMENTO
e
CRISTINA ALMEIDA RIBEIRO

EDIÇÕES COSMOS

Lisboa
1993

IV CONGRESSO DA AHLM
COMISSÃO ORGANIZADORA

PRESIDENTE

AIRES A. NASCIMENTO
(Universidade de Lisboa)

VICE-PRESIDENTES

CRISTINA ALMEIDA RIBEIRO
(Universidade de Lisboa)

TERESA AMADO
(Universidade de Lisboa)

VOGAIS

ANA MORAIS
(Universidade Nova de Lisboa)

ARNALDO ESPÍRITO SANTO
(Universidade de Lisboa)

LEONOR CURADO NEVES
(Universidade de Lisboa)

MARGARIDA MADUREIRA
(Universidade de Lisboa)

MÁRIO REIS
(Edições Cosmos)

SECRETARIADO

AURORA ALVES
ELSA SIMÕES
LUÍSA ANTUNES
MARIA DA CONCEIÇÃO SILVA
TERESA OLIVEIRA

CATARINA FONSECA
ISABEL FERREIRA
MADALENA TAVARES
PAULO MILITÃO
VÍTOR GOMES

© 1993, EDIÇÕES COSMOS e ASSOCIAÇÃO HISPÂNICA
DE LITERATURA MEDIEVAL

Reservados todos os direitos
de acordo com a legislação em vigor

Capa

Concepção: Henrique Cayatte
Impressão: Litografia Amorim

Composição e Impressão: EDIÇÕES COSMOS

2ª edição: Maio de 1993
Depósito Legal: 63838/93
ISBN: 972-8081-04-9

Difusão

LIVRARIA ARCO-ÍRIS

Av. Júlio Dinis, 6-A Lojas 23 e 30 — P 1000 Lisboa
Telefones: 795 51 40 (6 linhas)
Fax: 796 97 13 • Telex: 62393 VERSUS-P

Distribuição

EDIÇÕES COSMOS

Rua da Emenda, 111-1ª — 1200 Lisboa
Telefones: 342 20 50 • 346 82 01
Fax: 347 82 55

Los Libros de Viajes de la Edad Media Hispánica: Bibliografía y Recepción

Barry Taylor
The British Library

El enfoque temático de las páginas que siguen, más que la literatura de viajes, retóricamente concebida, lo constituyen los libros de viajes, considerados como entidades históricas que nacen, viven en compañía de otros libros, forman relaciones, mudan de domicilio, toman carta de naturaleza, paren descendientes, se envejecen y mueren.

Así concibo la idea del libro. El de viajes ¿qué características tiene? Para mí, es una relación presentada como verídica, en la que el autor describe sus propias andanzas por tierras exóticas, lo que al fin y al cabo significa Asia, incluyéndose bajo este término todo el mundo árabe. No hace falta que la relación sea en primera persona: pensemos en la *Embajada a Tamorlán*, cuyo autor, identificado como miembro de la misión diplomática enviada a Turquía, emplea sin embargo de preferencia la locución «los dichos embaxadores» para referirse a sí mismo¹.

También en este caso excluyo del *corpus* de libros de viajes las relaciones de conquistas. El viandante concibe su empresa de «ver mundos» por devoción de peregrino, por curiosidad, o por interés comercial, y se diferencia por lo tanto del que actúa en hazañas bélicas. El libro de conquistas discrepa del de viajes en otro particular, que es su modo de transmisión. Normalmente esta clase de materia se relata en las crónicas. Las crónicas suelen contar con muchos más testimonios que la mayoría de los géneros hispanomedievales, y evidencian una lectura y revisión continuada durante centurias hasta muy avanzado el Siglo de Oro².

Todos los textos de que me ocuparé tienen estos rasgos en común, pero todos difieren en su transmisión y recepción.

Empiezo con una obra de discutida hispanidad, la *Peregrinación* de la monja Egeria, también llamada Aetheria, y por otro nombre Silvia³. Hay varias teorías sobre la nacionalidad de esta religiosa — ¿francesa, italiana, gallega? — y sobre sus fechas — ¿siglos IV, V, o VI? La autora se pone en camino como peregrina y describe los sitios de la Tierra Santa que visita. No se sabe de dónde partió ni adónde regresó porque al manuscrito único le faltan las hojas iniciales y finales.

El fragmento siguiente es típico de la obra:

Y así cuando habíamos dejado el arbusto [desde el que Dios habló a Moisés] siempre empezaron a mostrarnos los otros lugares. Nos enseñaron el sitio donde estuvo el campamento de los hijos de Israel durante los días en que Moisés fue al monte. Nos mostraron también el lugar en que se fabricó el becerro [de oro], porque allí está fijada hoy una gran piedra. Y mientras que andábamos, vimos en frente la cumbre de la montaña que daba sombra a todo ese valle, de la cual el Santo Moisés vio danzar a los hijos de Israel cuando habían fabricado el becerro. (cf. ed. Pétré, págs 112-14; traducción mía)

La obra de Egeria ha sido proclamada como el primer libro de viajes medieval. Mary R. Campbell⁴ toma a la monja como punto de partida para trazar la trayectoria de la literatura de viajes: para ella, Egeria se caracteriza por su relativa falta de curiosidad, su motivación religiosa, su apego al pasado (en efecto, ve Palestina como un museo de monumentos bíblicos) y su relativa falta de interés por sus propias reacciones ante lo que experimenta. Campbell describe de modo muy convincente cómo los viajeros más tardíos — Marco Polo,

por ejemplo, o el seudo-Mandavilla — son sumamente curiosos, religiosos de manera atenuada, fascinados por el presente y muy conscientes de su propia personalidad.

Pero esta parábola de desarrollo sólo se puede apreciar desde un hito elevado. En este aspecto sí somos como enanos sobre los hombros de gigantes. El hecho es que la *Peregrinatio* de Egeria parece haber tenido una difusión bastante restringida. El único códice existente es del s. XI, ahora en Arezzo, descubierto en 1884 e impreso por primera vez en 1887. Es muy posible que Egeria fuera la autora del primer libro de viajes hispánico, pero me parece muy dudoso que cualquiera de los otros escritores hispanos del género haya conocido la obra de su antecesora.

Pasaré por alto la rica bibliografía de libros de viajes que produjo la Iberia musulmana⁵; que yo sepa, estas obras han penetrado poco en la conciencia del mundo cristiano medieval. Un texto hispano-semítico que sí se difundió mucho entre gentiles fue el *Itinerario* de Benjamín de Tudela⁶. Este rabino partió de su ciudad natal hacia 1161 y realizó una gira por el sur de Francia, Italia, Corfú, Constantinopla, las Islas del mar Egeo, Palestina, Siria y Bagdad, volviendo por una ruta parecida. Afirma haber visto Egipto, pero la crítica actual duda de la veracidad de este aserto.

Comparte con Egeria la actitud de pelegrino, contando muy poco de sus experiencias personales. A diferencia de la religiosa gallega, refiere alguna que otra anécdota, pero son siempre cosas que sucedieron a otros antes de su tiempo.

Citaré un trozo de Benjamín en que hacen su estreno esas razas monstruosas que poblarán buena parte de nuestra literatura de viajes. Se trata de la descripción de los drusos:

Son considerados como paganos herejes: no tienen religión. Viven en las altas montañas y en las cavernas de los peñascos; ni tienen rey ni príncipe que domine sobre ellos, llevando una vida solitaria entre montes y peñones. Hasta Monte Hermón llegan sus términos, camino de tres días. Anegados en lujuria, toman a sus hermanas por mujeres y el padre a su hija, y celebran una fiesta anual a la que acuden todos, hombres y mujeres, a comer y beber juntos, y luego cambian sus mujeres cada uno con la de su prójimo... No hay judíos entre ellos, y sólo acuden allí algunos tintoreros y artesanos, que permanecen ocupados en sus trabajos y negocios, hasta que vuelvan a sus casas. Son amigos de los judíos, ágiles por las montañas y collados, y por tal motivo nadie puede guerrear con ellos. (pág. 68)

Aquí, es claro, se trata de seres indudablemente humanos, por muy viciosos o infieles que sean, y que además son buenos vecinos: «muy amigos de los judíos». Estamos todavía muy lejos de esa clase de literatura de viajes que ve el mundo desconocido como una feria de deformidades.

Me parece que en la Edad Media no se conoció la obra de Benjamín fuera de la comunidad judía. Su gran momento, desde nuestro punto de vista, llega en 1575 con la traducción latina hecha por el hebraísta salmantino Benito Arias Montano, editada en Amberes por Cristóbal Plantino. Un ejemplar de esta edición en la British Library (signatura: 1046.b.2) tiene unas notas manuscritas que, como en tantas otras ocasiones, nos permiten atisbar cómo un lector se acercó al texto.

De los apuntes que hizo, se puede colegir un poco acerca de este desconocido lector. La letra me parece compatible con una fecha del s. XVI. Sus notas consisten en una de dos cosas: o bien subraya palabras, frases y renglones enteros, o bien copia alguna que otra palabra del texto en el margen para complementar los títulos marginales impresos, casi siempre, creo, a modo de índice. La mayoría de estos *marginalia* manuscritos están en latín, pero hay unas seis palabras griegas⁷ y, en un solo caso, una palabra hebrea. Concretamente, el texto reza: «...dierum decem via confecta in Elghamaraian ininterpretabilis nominis virtute perueniens...» (pág. 84; o sea, «después de un viaje de diez días, llegando con grandes esfuerzos a Elghamaraian, de nombre ininterpretable»). Nuestro lector ha subrayado *decem via e ininterpretabilis*

nominis, y al lado del título marginal impreso *Elghamaraian* ha escrito en hebreo las cuatro letras del nombre de Dios. No sé precisamente por qué. No puede ser un intento de interpretación filológica de «Elghamaraian»: quizás yuxtapone un nombre inefable con un nombre no interpretable. Dicho sea de paso que el uso del tetragrámaton no indica que nuestro lector sea hebraísta: piénsese en la presencia del nombre divino en medallas, pinturas, emblemas y portadas del s. XVI⁸.

Resulta pues que nuestro lector lee en busca de erudición sacra. O sea, lee con el espíritu de Egeria, deseando información geográfica, eso sí, sobre la Tierra Santa, pero la Tierra Santa sólo le interesa porque es santa.

Los libros de viajes entran en el ámbito de las lenguas hispano-romances en el s. XIV, en el *scriptorium* aragonés de Juan Fernández de Heredia (quien murió en 1396), maestro de la Orden de Rodas y responsable del mayor corpus literario aragonés del Medievo. Este momento histórico está concretado en el MS Z-I-2, ahora en el Escorial, proveniente del propio *scriptorium* herediano⁹. Consiste en versiones aragonesas de (i) *La flor de las ystorias de Orient*, del príncipe Hayton; (ii) *El libro de Marco Polo*; (iii) *Rams de flors*; (iv) *Secreto de los secretos*.

Tomando los textos en el orden en que aparecen en el manuscrito, la *Flor de las ystorias de Orient* fue escrita en francés en 1307¹⁰. El origen de la versión aragonesa sigue siendo desconocido. Como se sabe, la producción herediana está fuertemente endeudada con la cultura catalana. Como veremos, el Marco Polo y el *Rams* dependen de versiones catalanas. También tenemos noticias de la presencia de Hayton en Cataluña, pero no en Castilla. El MS N.a.f. 886 de la Bibliothèque Nationale de París es un Hayton en francés, pero copiado en la primera mitad del s. XIV en Cataluña; más tarde, el MS 490 de la Biblioteca de Catalunya¹¹, una miscelánea de los ss. XV y XVI, incluye un Hayton catalán¹². Todo esto me lleva a suponer un origen catalán para el texto aragonés.

Marco Polo, mercader de Venecia, realizó su viaje hasta China en 1271-92. Con el Mandavilla, es el suyo el libro de viajes más difundido de la Europa medieval. Se conservan unos 150 manuscritos¹³. Según opinión de John Nitti en su edición de la versión aragonesa, el texto original es creación del autor de ficción caballeresca Rustichello de Pisa, escrita en un francés italianizado según lo dictado por el propio Marco Polo en 1298. De este texto desciende el llamado «Texto geográfico» francés (MS Fr 1116 de la Bibliothèque Nationale de París); y de éste proviene la supuesta redacción abreviada catalana de 1336-87. De ésta derivan dos textos hispánicos: el *Llibre de les províncies* catalán (MS 2048 de la Biblioteca Riccardiana de Florencia) y el Polo herediano.

La primera referencia documental a un Marco Polo catalán es de 1372; tres años después, la hipotética versión abreviada catalana fue aprovechada por el cartógrafo mallorquín Pere Cresques al confeccionar su Atlas de 1375 (Nitti, pág. xi). Recuérdese el elemento verbal de los mapas medievales: a diferencia de la cartografía moderna, fuertemente visual, o de los portulanos medievales, esencialmente instrumentos de trabajo para el navegante, los mapamundi del Medievo aspiran a ser enciclopédicos, y las enciclopedias medievales, más que obras de referencia, son, como el libro de Brunetto Latini, *Tesoros* o escaparates o fortalezas de sabiduría¹⁴. A este tema de la interrelación de mapas y libros de viajes volveré más abajo.

Pensando otra vez en el manuscrito de Heredia, los dos últimos textos que se encuentran allí son obras sapienciales, o sea, el *Rams de flores*, libro de sentencias confeccionado a base de un *Communiloquium* de Juan de Gales en catalán; y el *Secreto de secretos*, obra de consejos supuestamente dirigida por Aristóteles a Alejandro Magno, traducida (no se sabe si por intermedio del catalán) de la versión latina de Felipe de Trípoli¹⁵.

A primera vista, el códice parece dividirse fácilmente en dos partes, diferenciadas por su género: dos libros de viajes (Hayton y Polo) más dos obras gnómicas (*Rams* y *Secreto*). Es fácil

imaginarse la existencia de dos libritos separados, confeccionados según un criterio genérico, pero torpemente reunidos simplemente por ser del mismo formato. Desafortunadamente, el testimonio codicológico se opone a este análisis. Todo indica que el núcleo original del códice fueron los primeros tres textos, y que el *Secreto*, aunque obra del *scriptorium* herediano, no formaba parte del proyecto inicial: el Prólogo del manuscrito hace referencia a Hayton y a Rams; la Tabla abarca Hayton y Marco Polo; y los tres textos están en la misma letra.

¿Tiene sentido pues buscar una idea unificadora para el conjunto de Hayton, Polo y Rams? ¿O hay simplemente que reconocer que algunos manuscritos son temáticos y que otros son misceláneos? Me parece que el manuscrito sí tiene cierta unidad: en muchos casos la distinción entre libros que enseñan hechos y libros que enseñan buenas costumbres no es válida para la Edad Media. Cuando la abeja es una lección de laboriosidad y comer habas es exponerse a la lujuria, es perfectamente razonable confeccionar un libro de conocimientos útiles como es éste¹⁶.

Según la crítica, el *Libro de Marco Polo* no tuvo gran difusión en la Península durante el s. XV. En Gouda en 1483 o 1484 Gerard Leeu imprime tres libros de viajes en latín: Marco Polo, *De consuetudinibus et conditionibus orientalium regionum* traducido por Francesco Pipino, el *Iter ad Terram Sanctam* de Ludolfo de Suchen, y el *Itinerarium* de Mandavilla. Se ha mostrado que estos textos se editaron como un conjunto, dispuesto en ese orden. La prueba de ello es que el Marco Polo tiene un espacio para una gran inicial, y el Mandavilla es el único texto que lleva colofón¹⁷. A finales de 1497 el mercader inglés John Day envía un ejemplar del Marco Polo de esta edición a Cristóbal Colón¹⁸. Este libro está ahora en la Biblioteca Colombina de Sevilla, pero sin los otros dos textos que quizás originalmente lo acompañaron. El ejemplar lleva anotaciones de tres manos, una de ellas la del Almirante. ¿Cómo lo leía? Lejos de mostrarnos al lector pío y desinteresado de Benjamín de Tudela, las notas marginales de Colón son casi exclusivamente económicas. En una sola página de la edición moderna, hallamos: «donde se encuentra la piedra balaj... minas de azul finísimo... excelentes caballos... halcones... trigo en cantidad» (pág. 38): un himno al mercantilismo.

En efecto los tres tipos de letra en el *Polo* colombino reflejan distintas actitudes. En el capítulo 46, «De la provincia de Camul y de una muy mala costumbre de ella», una mano ha notado: «Provincia de Camul; Provincia de Tanguth»; otra letra, la de Hernando Colón, ha apuntado: «Manera admirable de hospedar a los extranjeros»; la del Almirante ha escrito: «Abundancia de alimentos». Entre paréntesis, la «mala costumbre» consiste en lo siguiente: «cuando un viajero de paso por allí se hospeda en casa de alguien de Camul, éste lo recibe con júbilo y ordena a su mujer y a toda su familia que le obedezcan sin rechistar todo el tiempo que quiera alojarse en su mansión. Dicho lo cual, se va el señor de la casa para no volver mientras el huésped quiera morar en su domicilio, y la desdichada esposa de aquel hombre debe acatarlo en todo como a su marido. Las mujeres de aquella comarca son hermosas en extremo, pero todos los maridos están cegados por sus dioses con la locura de considerar un honor y un provecho que sus cónyuges se prostituyan a los viandantes.» (pág. 47)

Sin embargo, es justo notar que la mentalidad del Almirante no siempre se muestra tan codiciosa. En opinión de Mary Campbell (pág. 184), la *Carta* de Colón «tiene más que decir a los Reyes Católicos de árboles y flores que de las materias del comercio». Quizás responden estas dos actividades a dos momentos históricos. Según Juan Gil (pág. vii), Colón conocía pocos libros: las referencias eruditas aparecen en sus escritos de 1498 en adelante. El Almirante formó su biblioteca cuando necesitaba reunir información erudita para defenderse contra los que le acusaban de no haber llegado a las Indias.

Irónicamente, cuando Marco Polo se imprime por primera vez en castellano en 1503 es en parte, según la frase de Juan Gil, para «dar un tremendo palmetazo en los nudillos a Colón» (pág. xxvi). La tradición textual es ésta: un Marco Polo en portugués fue editado en Lisboa el 4 de febrero de 1502 por Valentim Fernandes, y quizás traducido por él también: *Marco Paulo. Ho liuro de Nycolao veneto; o trallado da carta de huu genoues das ditas terras...*¹⁹ En

el prólogo, declara el editor que ha lanzado el libro «para avisamento daqueles que agora vão pera as ditas Indias». O sea, era ésta una época en que los descubrimientos contemporáneos daban una relevancia urgente al *Marco Polo*, el cual describía el mundo oriental de dos siglos antes. Prueba de esto es la rapidez con que se preparó la versión castellana. El año siguiente, el 28 de mayo de 1503 un Marco Polo, traducido por Rodrigo Fernández de Santaella, es editado por Polono y Cromberger en Sevilla. Santaella traduce al pie de la letra el prólogo de la edición lisboeta, aunque se cree que para el texto mismo siguió un manuscrito veneciano. Gil detecta en este acto editorial, aunque, como dice él mismo, «de forma sibilina» (pág. xxvi), una crítica al Almirante. Sin embargo, desde aquí en adelante las aportaciones de los exploradores modernos van sustituyendo, lenta pero inexorablemente, la cultura libresca que había dominado en la geografía y cartografía. En 1500 se prepara el Mapamundi de Juan de la Cosa, el primer mapa que incluye las Indias según información de Colón y de Vasco da Gama (Gil, pág. xxvi).

Alicia, joven protagonista de *Alicia en el país de la maravillas*, habla en nombre de muchos lectores cuando pregunta malhumorada: «¿Para qué sirve un libro sin dibujos ni conversaciones?» En efecto, ninguno de los textos que he comentado hasta aquí lleva ilustraciones, por lo menos en su vertiente hispana. Tanto más amena pues fue la aparición hacia 1350 o 1360 del *Libro del conocimiento de todos los reynos & tierras & señoríos que son por el mundo & de las señales & armas que han en cada tierra & señorío por sy & de los rreys & señores que las proveyen* (BNM 9055)²⁰. El autor, a menudo pero sin fundamento, considerado como fraile franciscano, describe sus dos itinerarios hechos desde España, uno por Europa y otro que abarca la casi totalidad del mundo conocido. De los cuatro manuscritos existentes, todos contienen dibujos de los escudos heráldicos de cada estado y tres llevan unas representaciones de las razas monstruosas que pueblan estas zonas. Están presentes buen número de estos humanoides deformados por la ectopia o hipertrofia de un solo miembro, o por rasgos bestiales: hombres que llevan el rostro en el pecho, el esciapodo dotado de un solo pie enorme que emplea como parasol, los cinocéfalos, o sea hombres con cabeza de perro. La tradición se remonta a Heródoto, pero su principal centro de difusión para la cultura medieval es Plinio el Viejo. Estas criaturas grotescas nos son conocidísimas a todos los medievalistas. Quizás ello nos permite abrigar un sentido de superioridad sobre los autores que estudiamos, quienes sacrificaban su propia experiencia sobre el altar de la tradición. Pero recuérdese que 1991 es el Año Internacional del Dinosaurio, y póngase el papel que en la cultura masiva de hoy desempeñan estos animales desmesurados, que la inmensa mayoría de las personas sólo conoce por dibujos y por escritos de autoridades.

Con todo, estos dibujos — los heráldicos y los grotescos — son un elemento esencial de la experiencia del lector. ¿Significa esto que se trata de un público de curiosos impertinentes? Creo que no. Miremos los testimonios. Tres de los manuscritos contienen sólo el *Libro del conocimiento*; en el cuarto (MS 9055 de la BNM) nuestro texto está junto con la *Historia de la Doncella Teodor*, la *Historia de los reyes godos* y unos *Anales de los Reyes Católicos*. Entre paréntesis, la *Doncella Teodor* es un pequeño texto de origen árabe en forma de diálogo entre una joven esclava y una junta de pretendidos sabios, que versa sobre materia doctrinal y lo que se llamaban «cuestiones naturales»: «E preguntó más: 'De todas las frutas, qual es la más sana?' Ella respondió que eran las granadas e los membrillos»²¹. Para mí esta yuxtaposición sugiere que se trata de un compendio de conocimientos útiles, aunque no sistemáticamente dispuestos. El MS 1890 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca proviene de la biblioteca del Colegio de Cuenca, donde estaba en compañía de códices del *Lucidario* y otros textos que su catalogador moderno Guy Beaujouan califica de científicos²². La colocación del *Libro del conocimiento* con textos históricos en el MS 9055 cuadra bien con la procedencia del MS Z, ahora en Alemania, pero en su tiempo propiedad del historiador quinientista Jerónimo de Zurita²³. Se ha hecho notar que el enfoque heráldico del *Libro* lo define en términos modernos como una obra de geografía política.

La dimensión visual del *Libro del conocimiento* es doble: además de los dibujos en que tanto he insistido, se acepta desde tiempos de Morel-Fatio²⁴ que el autor no describe un viaje suyo, sino que lo imagina a base de un mapamundi. En más de una ocasión hemos visto como materia textual pasó a la cartografía: y aquí presenciemos el proceso inverso.

Poco después de la composición del *Libro del conocimiento*, entra en el mundo hispánico el único otro texto de viajes ilustrado de la Península medieval: los *Viajes* de Juan de Mandavilla. Y, como en el caso del *Libro del conocimiento*, se trata de otro falso viandante. El libro, que pretende ser obra de un caballero inglés que salió de su país el día de San Miguel de 1322, se cree ya que fue escrito en francés, quizás en Lieja, por un autor no británico. A nivel europeo fue un gran éxito editorial, alcanzando la cifra de 250 manuscritos y 35 ediciones incunables²⁵.

El relato conserva la forma de peregrinación, con la adición de dos tipos de materia fabulosa: las varias leyendas devotas asociadas con ciertos lugares de la Tierra Santa, y buena cantidad de monstruos de tradición pliniana.

Moseley²⁶, en un estudio de las metamorfosis del Mandavilla inglés, ha descrito varios procesos de refundición en que participan nuestras versiones hispánicas sólo de manera muy indirecta. Nota este estudioso cómo algunas versiones inglesas dan prioridad al aspecto devoto de la obra, mientras que otras abrevian este elemento para recalcar lo maravilloso. También se refiere a la degradación de Mandavilla al nivel del pliego suelto popular. Veremos cómo encaja el Mandavilla hispánico dentro de este esquema.

Las primeras referencias documentales a la recepción hispánica del Mandavilla surgen en la Corona de Aragón en 1380, cuando Juan, Duque de Gerona, después Juan I de Aragón, pide un Mandavilla francés²⁷. (Veremos a este monarca como protagonista, pero de manera muy oblicua, de otro libro de viajes, el de Ramon de Perellós.)

Se ha sugerido que fue para Juan I para quien se efectuó la traducción aragonesa de Mandavilla, preparada a base de un texto francés y conservada en el manuscrito acéfalo M-III-7 del Escorial²⁸. En esta versión están presentes los dos elementos — el devoto y el maravilloso. Faltan dibujos de los monstruos, pero en cambio las citas bíblicas van escritas en tinta roja. Esto de por sí indica muy poco, pero a la vista del esquema trazado por Moseley quizás podemos consignar el Mandavilla aragonés bajo el encabezamiento de «versiones pías».

Del Mandavilla catalán del s. XV existen dos entradas de inventarios de 1410 y 1484, y unos fragmentos conservados de manera fortuita por Claude Duret en su *Histoire des plantes* de 1605 y su *Thrésor de l'histoire des langues de cest univers* de 1613²⁹.

Cuando Mandavilla aparece en lengua castellana, lo hace sin salir de la Corona de Aragón, aunque la versión castellana se cree que es independiente de la tradición catalano-aragonesa. La primera edición existente es de Valencia: Jorge Castillo, 1521. Hay tres ediciones posteriores hasta 1540, y sale por primera vez de una imprenta castellana en 1547, en Alcalá: por Arnao Guillén de Brocar.

En su breve estudio de los Mandavillas españoles, Entwistle³⁰ tildó estas ediciones valencianas de interesadas y dirigidas a la curiosidad del público, señalando la reducción del texto y la presencia de unos 133 grabados. Esta crítica, aunque fundamentalmente justa, necesita matizarse en dos o tres aspectos. En primer lugar, no viene a cuento comentar despectivamente que una edición sea impulsada por interés comercial. La edición es, en la mayoría de los casos, un comercio, y es poco realista esperar otros motivos.

En segundo lugar, una rápida comparación de los textos aragoneses y castellano revela pocas abreviaciones en la versión impresa. Donde sí se puede observar un nivel intelectual un tanto inferior en el texto castellano es en el tratamiento de las lenguas extranjeras. El manuscrito reproduce los alfabetos egipcio, hebreo y persa, por cierto muy estropeados (págs 51, 69, 85). En el texto impreso sin embargo faltan por completo: un ejemplo de la mayor flexibilidad del libro manuscrito sobre el libro impreso con tipos móviles. Y cuando Mandavilla

transcribe unas inscripciones griegas y da su traducción latina, el texto quinientista sólo facilita la traducción a la lengua vulgar, como sigue:

Primero el texto aragonés:

Et ailli de cerca do nuestro seynnor fue crucificado es escripto en griego: «O theos basileon ysmon proseonas eragaze sothias emosotis gis» Quiere dizir en latin: «hic deus Rex noster ante secula operata est salutem in medio terre». Jtem sobre la Roqua do la cruz fue fincada es escripto dentro en la Roqua: «O pos nist is basis yon pitheos thoy thesmoy» Quiere dizir en latin: «quod vides est fundamentum totius fidei huius mundi». (pág. 59)

Y ahora la versión castellana:

Y alla donde nuestro señor fue crucificado esta escrito en Griego semejantes palabras que estas. Aqueste dios nuestro ante los siglos obro la salud en medio de la tierra. Mas en la roca donde la cruz estaua hincada esta escrito en Griego semejantes palabras q[ue] estas. La fe es fundamento de todo nuestro bien. (ed. de 1540, fol. xvi^b)

En tercer lugar quiero matizar la relación que Entwistle establece entre grabado y curiosidad. En efecto, la portada de la edición de 1521 reza *Juan de Mandeuilla. Libro de las maravillas del mundo y del viaje de la tierra sancta de Jerusalem y todas las provincias y ciudades de las Indias y de todos los ombres monstruosos q[ue] hay por el mundo con otras muchas admirables cosas*. Y, en apoyo de toda esta *admiratio* verbal, vemos grabados del esciápodo, un «danoti» (hombre de orejas larguísimas), dos hermafroditas y un cinocéfal³¹.

En este caso me parece sumamente razonable interpretar estos dibujos como dirigidos a la curiosidad del público. Pero me pregunto si este análisis se debe en parte a cierto esnobismo hacia el grabado en contraposición a la miniatura pintada. Piénsese en el ejemplo del MS Additional 24189, obra boemia del s. XV, que consiste exclusivamente en miniaturas en grisalla que muestran escenas de Mandavilla, sin el texto³². El grabado tiene que ser menos fino en su ejecución, y el libro impreso, confeccionado en copias múltiples, está dirigido a un público más amplio que el códice. Esto es axiomático. Pero si nos permitimos infravalorar el nivel intelectual del Mandavilla valenciano en base de sus grabados, ¿no debemos hacer lo mismo con el manuscrito boemio?

Dicho esto, a lo menos un lector-mirador o librovidente sintió repugnancia ante esta exposición de curiosidades. En la edición de 1540 (y quizás en ediciones anteriores) el grabado en madera que muestra una pareja de hermafroditas ha sido muy ligeramente retocado no para encubrir del todo sino para hacer más borroso el miembro viril de una de las figuras³³. En la edición ilustrada de 1547, titulada *Selva deleytosa* (otro aliciente para el curioso), este grabado falta por completo.

En suma, dos de las categorías propuestas por Moseley para el Mandavilla inglés están presentes en la manifestación hispánica del texto. Pero el Mandavilla hispano no encaja dentro de la tercera categoría, la edición en forma de pliego suelto. El único de los libros de viajes hispánicos que se presenta al público lector en este formato es el *Libro de los viajes de don Pedro de Portugal*, y de este modo llega a ocupar en la cultura hispánica el sitio de que disfruta el Mandavilla en Inglaterra.

Los libros que me quedan por comentar son todos de origen hispánico. Con el *Viatge al Purgatori de Sant Patrici* de Ramon de Perellós llegamos a una nueva clase de viandante: el viajero como detective³⁴.

Ramon, Vizconde de Perellós (nacido hacia 1370) era, entre otras cosas, embajador al servicio de Francia y Aragón. Tanto él como su señor, Juan I de Aragón, conocían la versión catalana del libro de Hugo de Saltrey sobre el Purgatorio de San Patricio, escrito en el s. XII. El Purgatorio de San Patricio es una cueva situada en una isla del Lago Derg en el norte de Irlanda donde se puede acceder a una visión del Purgatorio y las almas que están allí. Cuando el rey don Juan murió súbitamente, quizás asesinado y sin confesión, en 1396, Perellós

emprendió un viaje en septiembre de 1398 a Irlanda, para entrevistar al alma del monarca, saber si estaba en vía de salvación y aclarar así la cuestión de su muerte. Se acepta que el relato del viaje es genuino, y que sólo la parte referente al Purgatorio de San Patricio procede de la fuente literaria de Hugo de Saltrey.

Ramon sigue una ruta bastante directa, saliendo de Aviñón, y pasando por París, Calais, Canterbury, Londres, la corte inglesa situada en Got (lugar difícilmente identificable), Chester, Holyhead, Isla de Man, Dublín, y el norte de Irlanda. Realiza su propósito cuando, después de entrar en el Purgatorio de San Patricio, habla con el rey, «lo qual, per la gràcia de Déu, era en via de salvació.» Pero «la raó per què sofria les penes no la volgué dir» (ed. Tiñena, pág. 58).

Hay tres testimonios tempranos, y todos conservan el libro de Perellós en un contexto que sugiere una interpretación. El MS 894 de la Bibliothèque Municipale de Tolosa de Francia, en provenzal, copiado en 1466, contiene: Perellós, un sirventés de Ramon de Cornet, *Lo libre de Tindal* y la *Visió de Sant Pau*. Otro manuscrito provenzal (Archives de Département du Gers, MS Série I, núm. 4066), del s. XV, probablemente copiado en el Valle d'Aure (Hautes Pyrénées) conserva el libro de Perellós con recetas, notas sobre las virtudes de las plantas, pronósticos, profecías y la *Carta enviada del Cielo*.

El incunable, también de Tolosa de Francia (Enrique Mayer, 1486) agrupa: Seudo-Eiximenis, *Tractat sobre els novissims*; *Demanda de Sant Agustí sobre la Passió de Jesucrist*; *Dotze divendres que Jesucrist mostrà a sant Pere*; Ramon de Perellós; *Llibre de Sant Amador*; *Epistola baixada del Cel* [obra que aparece igualmente en el manuscrito de Aure]; *Testament de Jesucrist*; *Oració per qui ha tribulació*. Estas colecciones difieren algo en la interpretación de nuestro texto, pero están de acuerdo en que Perellós pertenece a un contexto devoto, más amplio en el incunable, y más estrechamente visionario en el manuscrito de Toulouse. Cuando definimos el libro de Perellós como libro de viajes lo hacemos con la mira puesta en lo original del texto; los redactores de estos dos tomos atendían a su parte más tradicional.

En efecto esta lectura devota y conservadora del libro de Perellós perdura hasta el s. XVII. En 1621 el irlandés Philip O'Sullivan (o O'Sullivan-Beare) edita aquí en Lisboa su historia eclesiástica de Irlanda — *Historiae Catholicae Iberniae Compendium, Domino Philippo Austriaco IIII... dicatum a D. Philippo Osulleuano Bearro Ibero* (Ulysippone: à Petro Crasbeeckio, 1621) — en el que cita con toda seriedad la sección del libro de Ramon referente al Purgatorio de San Patricio como testimonio histórico. Después de llamar el Purgatorio de San Patricio la cosa más memorable del país, cita en favor de su existencia a «cierto libro irlandés» y a San Dionisio Cartujano «in opere de quatuor Nouisimis» [sic] (recuérdese que una de las obras del incunable de 1486 es un *Tractat sobre els novissims*). Después explica cómo un varón erudito de la corte le había facilitado un códice catalán con el libro de Ramon de Perellós y obras de Eiximenis. Dice que este tomo fue impreso (o sea, que fue el modelo para una edición impresa) en el convento de San Francisco de Perpiñán.

Este impreso es seguramente el incunable de 1486, cuya única indicación de origen es un colofón que reza: «Los presents libres ab gran dilige[n]cia corregits p[er] vn frare d[e] sant franses, l'an mil cccc vuytanta he sis».

La parte del *Historiae... compendium* referente al Purgatorio de San Patricio fue reeditada por O'Sullivan en 1629 en su *Patritiana decas*, y volvió al ámbito hispánico con la traducción de Juan Pérez de Montalbán, *Vida y Purgatorio de San Patricio* (Barcelona, 1627), probable fuente para comedias de Lope y Calderón sobre el tema.

Antes de dejar el Purgatorio de San Patricio, quiero recordar que en el inventario de los libros de Juan I de Aragón había «Lo Purgatori de Sant Patrici de Mandrevilla», lo que sugiere un tomo que reunía estos dos textos, y es otro caso de la convivencia del Purgatorio de San Patricio con la literatura de viajes³⁵.

Mis dos textos siguientes son castellanos, del s. XV, y que yo sepa son de la clase cada vez más reducida de los libros de viajes medievales cuya veracidad todavía se mantiene intacta.

La *Embajada a Tamorlán*³⁶ lleva el nombre de Ruy González de Clavijo en la portada de la primera edición impresa, pero la crítica más reciente aboga más bien por la autoría del dominico Fray Alfonso Páez de Santa María, o por una autoría colectiva por parte de los tres embajadores enviados por Enrique III de Castilla a establecer relaciones diplomáticas con Tamorlán, conquistador de un imperio que se extendía desde el Ganges a los límites de Grecia. Salieron del Puerto de Santa María el lunes 21 de mayo de 1401, y pasaron por Cádiz, Cerdeña, Sicilia, Grecia, Rodas, Constantinopla, Trebisonda y Teherán hasta llegar a Samarcanda. Su itinerario de regreso incluyó Génova. Por primera vez el público hispánico pudo leer una relación de viajes sin añadidos fabulosos y sin moralidades. A nosotros nos parece una obra histórica, y así también parece haberse recibido en su época impresa.

La descripción del elefante, seguramente basada en el testimonio ocular del autor, se muestra libre de la tradición de los bestiarios:

Los marfiles quel señor tenia, eran catorse... e los dichos marfiles eran negros e non han pelo ninguno, saluo en la cola que han como cavallo que han unas pocas de serdas³⁷; ...e non puede abaxar la caueça ajuso nin puede llegar la boca ala tierra; e a las orejas muy grandes e redondas, farpadas e los ojos, pequenos... e en çima dela caueça a vn foyo; de la caueça sele sigue ayuso do ha de tener la nariz vna como tronpa, que es muy ancha arriba e angosta ayuso... e esta tronpa es foradada e por ella veue quando ha gana, e mete la en agua e beue con ella e bale el agua ala boca, asy como si le fuese delas narizes; E otrosy con esta tronpa paçe, que non puede con la boca, que se non puede abaxar e tomar esta tronpa; quando quiere comer rebuelue ala yerua e tira e siega la con ella como sy fuese vn foçino; e desy apana la con aquella tronpa e fase vn buelco e reuelue la con aquella tronpa E mete la en la boca E desy come la; e con esta tronpa se mantylene e nunca la tiene queda, saluo fasiendo bueltas con ella como culuebra. (pág. 189)

El único elemento de esta descripción que quizás se remonta a la tradición iconográfico-literaria es la comparación de la cola del elefante a la del caballo, que recuerda más que la zoología real los dibujos del *Calila e Digna* castellano, que muestran unos «marfiles» con auténtica gruesa cola de caballo³⁸.

Los manuscritos de la *Embajada* ofrecen pocos datos útiles por lo que respecta a la cotransmisión de la obra. Disponemos de dos manuscritos del s. XV. El MS 9218 de la Biblioteca Nacional de Madrid, procedente de la biblioteca del Conde de Haro, conserva nuestro texto con unos *Dichos de Catón* en romance al final del tomo, seguramente añadidos por otra mano simplemente para aprovechar dos folios en blanco, y sin suponer un comentario genérico sobre la *Embajada*. El otro testimonio del s. XV es el manuscrito Additional 16613 de la British Library, copiado por un tal Anthonius de León. Al final, otra mano ha copiado el cuento noveno de la Quinta Jornada del *Decamerón* en italiano.

El gran momento de la tradición textual de la *Embajada* viene con la edición de Gonzalo Argote de Molina (Sevilla: en casa de Andrea Pescioni, 1582). Soldado, poeta, erudito y editor, Argote (nacido en 1548 o 49) ha sido señalado como el primer medievalista español³⁹. Su interés por la Edad Media era esencialmente histórico y genealógico, como lo fue, me imagino, para casi todos los estudiosos de antes del Romanticismo. Fue autor de *Apuntes para la historia de Sevilla* (1572) y *La nobleza del Andalucía* (1588), y editor de *El conde Lucanor* (1575) y el *Libro de montería* de Alfonso XI (1588), todos impresos en Sevilla o por Pescioni o por Hernando Díaz. La introducción que pone a la *Embajada* establece la genealogía de los embajadores y reúne una antología de textos históricos sobre Tamorlán. Un enfoque parecido se evidencia en su edición de *El conde Lucanor*, para la cual escribe dos prólogos sobre la vida de don Juan Manuel y el «Principio y succession de la real casa de los Manueles», aunque no deja de alabar la elocuencia del autor.

Por lo que se sabe, la edición de Argote no volvió a imprimirse, pero sí siguió contribuyendo a la tradición textual, formando el paradigma para por lo menos dos manuscritos, el MS Esp.

396 de la Bibliothèque Nationale, copiado en el s. XVII, y otro de la Real Academia de la Historia, que se remonta al s. XVIII.

Las *Andanzas e viajes* de Pero Tafur relatan los acontecimientos de 1436-39 y se redactaron hacia 1453⁴⁰. Tafur aprovechó la tregua entre Juan II y los moros para visitar Italia, Creta, Sinaí, Nicosia, Armenia, Rodas, Galípoli, quizás llegando hasta Jerusalén, y volviendo por Italia, Alemania, los Países Bajos y Basilea, donde tuvo una audiencia con el Emperador. Viaja por propio impulso para sacar lecciones de las comparaciones que hace entre los estados que visita. Según dice en su prólogo, vertido en un estilo más altisonante que el resto de la obra, escribe:

...porque [los viajeros], si acaesçe fazer retorno después del trabajo de sus caminos a la provincia donde son naturales, puedan, por la diferencia de los governamientos e por las contrarias qualidades de una naçion a otra, venir en conosçimiento de lo más provechoso a la cosa pública e estableçimiento della, en que principalmente se deben trabajar los que de nobleza no se querrán llamar enemigos. (pág. 2)

El libro de Tafur existe en sólo un testimonio, muy tardío: se trata del MS 1985 de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, procedente del Colegio de Cuenca, y copiado en los ss. XVII-XVIII. Sin embargo, la recepción de esta obra en el Siglo de Oro está confirmada por las referencias que a ella hacen Nicolás Antonio y un buen número de estudiosos de su época⁴¹.

Si de las *Andanzas* de Tafur faltan testimonios no se puede decir lo mismo de mi último texto, la *Historia del infante don Pedro, el cual anduvo las siete partidas del mundo*⁴². Atribuido en el texto a cierto Gómez de Santisteban, compañero de Dom Pedro (quien murió en 1449) conde de Barcelos y hermano de Enrique el Navegante, pretende relatar un itinerario de los años 1420. El motivo del viaje es simplemente que Dom Pedro «foy muyto desejoso de ver terras» (según la edición de 1602), y su ruta abarca Venecia, Chipre, Mandua (con una audiencia con el Gran Turco), Grecia, Noruega, Babilonia, la Tierra Santa, Armenia, Egipto, Capadocia, una entrevista con Tamorlán y Sinaí, y encuentros con las Amazonas, los Gigantes y el Preste Juan.

En el s. XV, Dom Pedro tenía fama de viajero, según un poema de Juan de Mena (quien murió en 1456). Sin embargo, la crítica actual está de acuerdo con el juicio de Rafael Benítez Claros, quien declaró el libro «castellano y mendacísimo». Es una superchería que aprovecha fábulas geográficas transmitidas por las leyendas de Alejandro Magno.

Pero entre los libros, como entre los hombres, los de más éxito no siempre son los más veraces. *El libro del infante don Pedro* alcanzó unas 112 ediciones entre aproximadamente 1515 y 1902, siempre en forma de pliego suelto⁴³. Por su utilización por Lope García de Salazar se sabe que el texto ya existía en 1471-76. Sólo existe un manuscrito del *Libro*, el MS Egerton 523 de la British Library, que es una miscelánea de panfletos del s. XVIII en castellano sobre historia portuguesa. El texto conservado está seguramente copiado de una versión impresa.

La primera edición portuguesa fechada de la obra es de 1602, y desde entonces el número de ediciones portuguesas más o menos iguala al de las castellanas. Así goza de una difusión diez veces mayor que la de cualquier otro libro de viajes de la Edad Media hispánica, bibliométricamente considerado.

Todas las ediciones que he consultado llevan una ilustración en la portada. Si durante más de cuatro siglos los lectores acudían al *Libro del infante Don Pedro* en busca de «otros mundos», ello no se refleja en estos grabados. El rasgo en que ponen más énfasis es la nobleza: de ahí los escudos, los caballeros y las expediciones de caza allí retratadas⁴⁴.

Quiero detenerme un rato en la edición lanzada en Madrid por J. María Marés en 1858. Su dibujo sigue la pauta de la escena de caza, pero el artista la ha acomodado a su materia mostrando al escudero con un mono en brazos, e incluyendo la silueta de un camello al fondo. Para 1858 el texto también ha sufrido alguna que otra mutación.

Primero el texto según la edición de Madrid, 1622:

El Infante don Pedro de Portugal fue hijo del Rey don Iuan de Portugal Primero deste nombre. Este fue Conde de Barcelos, y era muy desseoso de ver el mundo. Y auiendo determinado de partirse para yr a ver las partidas del mundo, estando este dicho Infante en Barcelos, salio vn dia despues de comer, siete dias despues de Pascua, y dixo assi

Amigos los que me quisieredes seguir, seguidme a tener compañía para saber estas siete partidas del mundo, que son mouidas en mi coraçon para las saber. Allí se aplicauan muchos para yr con el, y no quiso llevar consigo sino doze compañeros, y partimos de Barcelos para demandar licencia al rey de Portugal su padre, al qual peso mucho, porque queria passar en aquellas partes, pero al fin le dio licencia con mucha tristeza, y hizole dar doze mil pieças de oro.

Pasando al texto de 1858, encontramos al rey don Pedro transformado en padre de familia decimonónico. Y entre paréntesis, nótese la introducción de varios binomios tradicionalmente considerados como típicos del discurso medieval:

El infante D. Pedro, fue hijo del rey D. Pedro de Portugal, primero de este nombre. Deseaba con ánsia recorrer el mundo y ver cuanto en él habia. Dominado únicamente por tan irresistible deseo, determinó, pues, emprender este viaje, pero no quiso hacerlo sin recibir antes la bendicion paternal. Hizo prevenir lo necesario, eligiendo doce de sus mejores criados que le acompañasen en tan dilatada como arriesgada expedicion. Salio de la villa de Barcelos, donde residia, dirigiéndose á la córte, y habiéndose presentado á su padre y manifestado el designio que le conducia, le pidió su beneplácito y bendicion para emprender aquella jornada. Mucho lo sintió el rey por ver se iba a esponer á un viaje tan largo y peligroso; pero no pudo menos de condescender á los ruegos é instancias que le hizo su hijo y despues de haberle prodigado los sábios y saludables consejos que le dictó su prudencia, dispuso se le entregaran veinte mil doblas de oro, y una porcion de joyas de inestimable valor, despidiéndole con su bendicion.

Esta edición de los viajes de Dom Pedro salió en una serie de «Historias» (como se llamaban), que incluía entre sus 63 títulos *El conde Partinoples*, *El ex-regente Espartero*, *La Doncella Teodora* [sic], *El Papa Pío IX* y *El Diluvio Universal*. Es difícilísimo pues deducir cómo el lector se acercaba a un libro que existía en un contexto tan amplio y mal enfocado. Y ello no se hace más fácil cuando recordamos que con su Dom Pedro el lector de 1858 pudo comprar otro pliego de la misma serie, editado en el mismo año: *Historia de Cristóbal Colón, o El descubrimiento de América*. Pero ésta es otra historia.

Esta, pues, es la bibliografía de los libros de viajes hispánicos de la Edad Media. Antes de terminar, quiero recordar que estos libros no existían en un vacío. El lector medieval o el del Siglo de Oro podía encontrar buena cantidad de la materia de los libros de viajes en textos de otros géneros. Se pueden leer de las maravillas del Oriente en las leyendas sobre Alejandro Magno (que incluye la *Carta de los bragamanos*, precursora de la Utopía de Tomás Moro)⁴⁵, o en la *Carta del Preste Juan* (existe una versión medieval catalana)⁴⁶. De las razas y bestias fabulosas se trata por extenso en las enciclopedias y en los bestiarios, así como en los textos derivados de ellas, tales como los libros de ejemplos y los sermones. El *Itinerarium in Terram Sanctam* de Bernhard von Breydenbach, con sus conocidísimas láminas plegadas topográficas, tuvo una edición en castellano en 1498 (Zaragoza: Paulus Hurus)⁴⁷. La *Colectánea* de Solino, fuente de los bestiarios, se imprime en castellano en 1573. Y el lector curioso de hacia 1570 podía hallar una gama de materia fabulosa y descripciones de las costumbres de los turcos en la *Silva de varia lección* de Pedro Mexía y el *Jardín de flores curiosas* de Antonio de Torquemada. La presencia de tantos competidores al libro de viajes quizás explique la distribución irregular que hemos notado.

De los modos de leer la Biblia (el Libro por antonomasia) en la Edad Media se han distinguido dos tipos: el primero, cronológicamente hablando, es la lectura «rezada» o meditada;

y el segundo es la *collatio* (el cotejo)⁴⁸. A grandes rasgos, en la lectura rezada el lector toma un fragmento de su texto, lo pondera y medita, aplicándolo a su propio pecado o a su amor de Dios. En cambio, el cotejo toma un texto y lo confronta con otro, y hace comparaciones para llegar a una síntesis. Podemos decir que la lectura meditada está dirigida al lector y su experiencia, y el cotejo al texto y su contenido. Por lo que toca a nuestros libros de viajes, el equivalente del lector que medita sería el segundo de los públicos concebidos por Richard Ford en su *Manual para viajeros por España y lectores en casa*, o sea el lector que al leer se imagina a sí mismo en los sitios descritos. Francamente, no sé si este viajero a través de la lectura existe en la Edad Media. El lector-cotejador del libro de viajes sí está documentado por sus *marginalia*: de este tipo son Cristóbal Colón y el lector anónimo de Benjamín de Tudela.

Quizás se puede conjeturar una tercera clase de lector, intermedia entre estas dos. Keith Whinnom, en un ensayo sobre los éxitos editoriales del Siglo de Oro, señala la gran difusión del Marco Polo castellano y parece deducir de este fenómeno otra clase de lector: el que gusta de leer hechos inútiles e inverificables⁴⁹. Quizás este deseo innato de saber, y no el anhelo de experiencias vicarias, sea el motivo de la lectura de los libros de viajes.

En conclusión, he querido mostrar cómo los libros de viajes, ellos también, viajan, de país en país y de lengua en lengua. Y su modo de recepción acusa grandes variaciones: estos textos han alimentado la devoción, la investigación histórica y la mera curiosidad. Pero no menospreciamos la curiosidad, ya que los investigadores todos somos curiosos, y el año que viene celebraremos lo que se puede considerar como la apoteosis de la curiosidad.

Notas

¹ Los principales estudios de conjunto sobre este tema son: Barbara W. Fick, *El libro de viajes en la España medieval* (Santiago de Chile: Seminario de Filología Hispánica, 1976); Miguel Ángel Pérez Priego, «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, 1 (1984), 217-39; *Libros españoles de viajes medievales (selección)*, ed. Joaquín Rubio Tovar, Temas de España, 167 (Madrid: Taurus, 1986); todos con bibliografías muy completas. El concepto de los libros de viajes como literatura parece ser bastante reciente: ver Fick, pág. 41.

² Por consiguiente se excluye del ámbito del presente trabajo la materia de la que trata Mário Martins, *Peregrinações e livros de milagres na nossa Idade Média*, 2ª ed. (Lisboa: Brotéria, 1957).

³ *Itinerarium Egeriae*, ed. E. Francheschini & R. Weber, Corpus Christianorum, Series Latina, 175 (Turnhout: Brepols, 1953); *Journal de voyage*, ed. y traducción al francés de Hélène Pétré, Sources chrétiennes, 21 (Paris: Editions du Cerf, 1948); *Diccionario de historia eclesiástica de España* (Madrid: Instituto Enrique Flórez, 1972-87), II, 778.

⁴ Mary B. Campbell, *The Witness and the Other World: Exotic European Travel Writing, 400-1600* (Ithaca: Cornell University Press, 1988), págs. 20-33. (Debo esta referencia a la gentileza de la Dra. Clare Lees.) Toma otra opinión de la curiosidad de Egeria Cristina González, «Egeria's *Peregrinatio*: A Woman's Adventure» (resumen de comunicación), *La Corónica*, 19:2 (Spring 1991), págs. 163-64.

⁵ Ver Fick, págs. 19-20.

⁶ *Viajes de Benjamín de Tudela*, traducción de Ignacio González Llubera (Madrid: Junta para Ampliación de Estudios de Investigaciones Científicas, Centro de Estudios Históricos, 1918) (mi cita proviene de esta edición); *Libro de viajes*, traducción de José Ramón Magdalena Nom de Déu (Barcelona: Riopiedras, 1982).

⁷ [Texto:] Isaac Migas / [nota:] Migas (pág. 32); est vero artifex storearum / *cheironax* [artesano] (pág. 60); vacantes dicuntur / vacantes *scholazantes* [que dejan el trabajo] (pág. 66); ne quis pisces à fluuio caperet... propter Danielis reuer[n]tiam / pisces *hieroi* [sagrados] in honore [sic] Danielis (pág. 80); naso carent / *arrinoi* [sin nariz] populi (pág. 88); operas exercent per totam noctem / *nychteriuoi* [que viven de noche] (pág. 94). Agradezco a mi colega Chris Michaelides su aclaración de estas locuciones.

⁸ Ver p. ej. *Armada 1588-1988: An International Exhibition to Commemorate the Spanish Armada* (Hammondsworth: Penguin, 1988), núms. 16.12 y 16.32.

⁹ *Juan Fernández de Heredia's Aragonese Version of the «Libro de Marco Polo»*, ed. John J. Nitti, Dialect Series, 1 (Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1980). Para todos los manuscritos

castellanos y aragoneses citados, es imprescindible la consulta de Charles B. Faulhaber et al., *Bibliography of Old Spanish Texts*, 3ª ed. (Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1984), y para los libros impresos la de Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispano-americano*, 2ª ed. (Barcelona, etc.: Palau, et al., 1948-87).

¹⁰ Hayton, Prince of Gorigos, *La flor de las ystorias de Orient*, ed. Wesley Robertson Long (Chicago: University of Chicago Press, 1934).

¹¹ François Avril, *Manuscrits enluminés de la Péninsule Ibérique* (Paris: Bibliothèque Nationale, 1982), págs. 91-92 y lám. LI.

¹² Beatrice Jorgensen Concheff, *Bibliography of Old Catalan Texts* (Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1985), núm. 811.

¹³ Nitti, pág. ii.

¹⁴ Spurgeon Baldwin, «Brunetto Latini's *Tresor*: Approaching the End of an Era», *La Corónica*, 14:2 (Spring 1986), 177-93.

¹⁵ Ruth Leslie, «A Source for Juan Fernández de Heredia's *Rams de flores*», *Studia Neophilologica*, 45 (1973), 158-70; Philip B. Jones, «Three Iberian Manuscripts of the *Secret of Secrets*», *Josep Maria Solà-Solé: homage, homenaje, homenatge* (*Miscelánea de estudios de amigos y discípulos*), ed. Antonio Torres-Alcalá et al. (Barcelona: Puvill, 1984), I, 297-309.

¹⁶ *English Writings of Richard Rolle, Hermit of Hampole*, ed. Hope Emily Allen, 2ª ed. (Gloucester: Alan Sutton, 1988), págs. 54-56; San Jerónimo, Ep. 54:10.

¹⁷ Lotte Hellinga, «'Less Than the Whole Truth': False Statements in 15th-Century Colophons», *Fakes and Frauds: Varieties of Deception in Print & Manuscript*, ed. Robin Myers & Michael Harris (Winchester: St Paul's Bibliographies, 1989), págs. 1-27 (1-3, 26).

¹⁸ *Libro de Marco Polo o Libro de las maravillas del mundo*, [ed. facsim. del ejemplar colombino] con estudio de Juan Gil Fernández, Colección Tabula Americae (Madrid: Testimonio, 1986); *Catálogo general de incunables en bibliotecas españolas*, dirigido por Francisco García Craviotto (Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General del Libro y Bibliotecas, 1988-90), núm. 4712; *El Libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón; El Libro de Marco Polo, versión de Rodrigo de Santaella*, ed. Juan Gil (Madrid: Alianza, 1987), pág. vii (mis citas se refieren a esta edición).

¹⁹ Artur Anselmo, *História da edição em Portugal: I. Das origens até 1536* (Porto: Lello & Irmão, 1991), págs. 180-83, quien cita la presencia en Portugal de un Marco Polo en latín en 1428 y la existencia de una versión vernácula perdida.

²⁰ *Libro del conocimiento...*, ed. Marcos Jiménez de la Espada, edición facsímil de la edición de 1877, con presentación de Francisco López Estrada (Barcelona: El Albir, 1980); Peter E. Russell, «La heráldica en el *Libro del conocimiento*», *Studia in honorem prof. M. de Riquer*, II (Barcelona: Quaderns Crema, 1987), págs. 687-97.

²¹ *La historia de la Donzella Teodor*, ed. Walter Mettmann, Akademie der Wissenschaften und der Literatur, Abhandlungen der Geistes — und Sozialwissenschaftlichen Klasse, Jahrgang 1962, núm. 3 (Wiesbaden, 1962), pág. 116.

²² Guy Beaujouan, *Manuscrits scientifiques médiévaux de l'Université de Salamanque et de ses «Colegios mayores»*. Bibliothèque de l'Ecole des Hautes Etudes Hispaniques, 32 (Bordeaux: Férét, 1962).

²³ Sotheby Parke Bernet & Co., *Catalogue of Western Manuscripts and Miniatures...* [catálogo de subastas, 11 julio 1978], núm. 33.

²⁴ Fick, pág. 21, citando Alfred Morel-Fatio, «Andanças e viajes de Pero Tafur», *Revue Critique d'Histoire et de Littérature*, 27 feb. 1875, 135-41.

²⁵ Josephine Waters Bennett, *The Rediscovery of Sir John Mandeville*, Modern Language Association Monograph Series, 19 (New York: Modern Language Association of America, 1954), apéndices I y II.

²⁶ C. W. R. D. Moseley, «The Metamorphoses of Sir John Mandeville», *Yearbook of English Studies*, 4 (1974), 5-25.

²⁷ Martí de Riquer, «El Voyage de Sir John Mandeville en català», *Miscel·lània d'homenatge a Enric Moreu-Rey*, III (Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1988), págs. 151-62. (Agradezco a Joana Escobedo el haberme facilitado este artículo.)

²⁸ Juan de Mandevilla, *Libro de las maravillas del mundo*, ed. Pilar Liria Montañés (Zaragoza: Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, 1979).

²⁹ François Secret, «Une Version oubliée des Voyages de Jean de Mandeville», *Studi Francesi*, 5 (1961), 480-83.

³⁰ William J. Entwistle, «The Spanish Mandevilles», *Modern Language Review*, 17 (1922), 251-57; ver también la comunicación de Pedro Tena Tena en este mismo Congreso.

³¹ Sigo la descripción de Pedro Salvá y Mallen, *Catálogo de la Biblioteca de Salvá* (Valencia: Ferrer de Orga, 1872), núm. 3782.

³² *The Travels of Sir John Mandeville: A Manuscript in the British Library*, facsímil con introducción de Josef Krasa (New York: Braziller, 1983).

³³ En efecto, en la edición de 1521 este grabado pristino estaba expuesto sin pudor en la portada, como se ve en la lámina que reproduce Salvá.

³⁴ *Viatge d'En Ramon de Perellós al Purgatori de Sant Patrici, en Llegendes de l'altra vida*, ed. Ramon Miquel y Planas (Barcelona: Biblioteca Catalana, 1914); Miquel y Planas, «Les Llegendes de l'altra vida», *Bibliofilia*, 1 (1911-14), 465-506 (481-82); C. Brunel, «Sur la Version provençale de la relation du voyage de Raimon de Perillos au Purgatoire de Saint Patrice», *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, VI (Madrid: CSIC, 1956), págs. 3-21; *Catálogo general de incunables* (ver la nota 18), núm. 2274; Ramon de Perellós, *Viatge al Purgatori*, ed. Jordi Tiñena (Barcelona: Edicions 62, 1988).

³⁵ Riquer (citado en la nota 27), págs. 151-52, nota 3.

³⁶ Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, ed. Francisco López Estrada (Madrid: CSIC, 1943); López Estrada, «Procedimientos narrativos en la *Embajada a Tamorlán*», *El Crotalón*, 1 (1984), 129-46.

³⁷ La edición López Estrada reza «sedas»: debo la enmienda «serdas» (cerdas) a una sugerencia del Dr Angel García.

³⁸ *El libro de Calila e Digna*, ed. John E. Keller & Robert White Linker, Clásicos hispánicos, II, 13 (Madrid: CSIC, 1967), pág. 97.

³⁹ Véase Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor*, ed. facsim. de la de 1575, con prólogo de Enrique Miralles, Biblioteca hispánica Puvill, Sección Literatura, 1 (Barcelona: Puvill, 1978).

⁴⁰ *Andanças e viajes de Pero Tafur*, ed. José María Ramos, Biblioteca clásica, 265 (Madrid: Hemando, 1934).

⁴¹ Fick, pág. 36.

⁴² Entwistle (citado en la nota 30), págs. 255-57; Francis M. Rogers, *A List of Editions of the «Libro del Infante don Pedro de Portugal»... with a Reproduction of the 1602 Portuguese Edition, Publicações culturais da Companhia de Diamantes de Angola*, 47 (Lisboa, 1959); *idem.*, *The Travels of the Infante Dom Pedro de Portugal*, Harvard Studies in Romance Languages, 26 (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1961); Harvey L. Sharrer, «Evidence of a Fifteenth-Century *Libro del Infante don Pedro de Portugal* and Its Relationship to the Alexander Cycle», *Journal of Hispanic Philology*, 1 (1977), 85-98. (No he podido ver: Gomez de Santiesteban, *Libro del Infante don Pedro de Portugal*, ed. Francis M. Rogers [Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian, 1962].)

⁴³ Sobre la fecha de la primera edición conocida (Sevilla: Jacobo Cromberger, circa 1515), ver F. J. Norton, *A Descriptive Catalogue of Printing in Spain, 1501-1520* (Cambridge: Cambridge University Press, 1978), núm. 885, y Clive Griffin, *The Crombergers of Seville: the History of a Printing and Merchant Dynasty* (Oxford: Clarendon, 1988), núm. 149.

⁴⁴ Rogers, *List*, núms. 24, 43, 51 (escudos); 10, 28 (caballeros); 32 (caza).

⁴⁵ Francisco López Estrada, «Por los caminos medievales hacia la utopía: *Libro de los ejemplos*, n. 6», *Aspetti e problemi delle letterature iberiche: studi offerti a Franco Meregalli*, ed. Giuseppe Bellini (Roma: Bulzoni, 1981), págs. 209-17.

⁴⁶ Rogers, *List* (citado en la nota 42), págs. 358-59, nota 13.

⁴⁷ *Catalogue of Books Printed in the XVth Century now in the British Museum*, X (London: Trustees of the British Museum, 1971), págs. 29-30.

⁴⁸ M.B. Parkes, «The Influence of the Concepts of *Ordinatio* and *Compilatio* on the Development of the Book», *Medieval Learning and Literature: Essays Presented to Richard William Hunt*, ed. J. J. G. Alexander & M. T. Gibson (Oxford: Clarendon, 1976), págs. 115-41 (pág. 115, notas 2, 3).

⁴⁹ Keith Whinnom, «The Problem of the 'Best-Seller' in Spanish Golden-Age Literature», *Bulletin of Hispanic Studies*, 57 (1980), 189-98 (196).

Agradezco vivamente al Dr Angel García su revisión lingüística del presente trabajo.